

EN el momento de saltar los equipos al terreno de juego —máximo instante en el que se revela si un equipo juega bien o mal al fútbol— el Castilla comunica algunos trazos de su controvertida personalidad. El chorro de los jugadores desde el túnel no mana adensado y coherente, sino con una potencia de petardo y de quebrada. Cuando saludan no lo hacen con esa oferta del pecho que tan bien hizo siempre el Athletic de Bilbao, sino otorgando confusamente el metacarpo y el flequillo. En el peloteo de precalentamiento no toman el espacio ni se adueñan de sus proporciones hasta amansar, como hacen los jugadores dúctores, la indocilidad del césped recién cortado. Durante el precalentamiento, los jugadores del Castilla todavía se miran en el terreno de juego y en los balones pulimentados. Consumen esta fase anterior al encuentro en una última "toilette" deportiva y aún se atusan simbólicamente cuando el árbitro está ya en el centro y reclama con su silbato a los capitanes.

El narcisismo del Castilla, su autocontemplación como equipo, tiene en parte su causa en la juventud (sólo tres jugadores han cumplido veintitrés años y ninguno los veinticinco), pero también en el reflejo especular del Real Madrid, mar grueso y trasparente que se levanta tras ellos con una majestad teológica. Esos inevitables detalles de orfelinato que caracterizan a muchos equipos filiales, no será posible hallarlos en el Castilla. Como equipo filial, el Castilla connota más esos otros ambientes de órdenes sagradas donde se escoge con gran rigor a los aspirantes y éstos viven, sin tibeos, la claridad de su privilegio. Desde una consideración circunstancial son filiales del Madrid, pero desde otra perspectiva trascendental son los generadores del Real Madrid. Pérez García, García Hernández, San José, Camacho, García Remón, Sabido, Isidro, Cortés, Rincón, Benito o Del Bosque pasaron su noviciado en los filiales (Juveniles y Castilla) del Real Madrid y hoy llenan la mitad de su plantilla. Bajo esta luz, los jugadores del Castilla no están jugando en el "Castilla Club de Fútbol" como pertenecientes a un club de destinos y corpus autónomo. Su adhesión al equipo no existe, sino como parte de un postulanzago más largo en cuya fase de perfección se encuentran ahora. De este modo puede entenderse que las fichas por jugador no supe-



Faco marca el primer gol del Castilla el día memorable en que los jóvenes blancos eliminaron a la Real de la Copa del Rey.

El Castilla: la infancia como simulacro

VICENTE VERDU

ren nunca el millón de pesetas anuales o rondan las 175.000 para aquellos que se inauguran este año como castillistas. Solamente el importe de la ficha que se paga cada año a Cunningham (15 millones) bastaría para atender la nómina de un Castilla y medio. Los castillistas son en este sentido como seminaristas y de ahí ciertos aspectos de su indumentaria y de su porte: ese pelo corto que exhiben gran parte de sus jugadores (simultáneamente bajo el servicio militar), ese modo severo de llevar el uniforme, onerosamente planchado y limpio, las medias con la doblez perfecta y sin soltar (excepto Gallego) y esa alegría de primera comunión con la que salen al campo.

La tropa blanca

El Real Madrid, en verdad, ha conseguido con el Castilla,

desde la temporada 1978-79, manifestarse como un imperio de nuevo alcance nacional. Hasta la Liga 1971-72 en que se llamaba Plus Ultra, el filial del Real Madrid se comportó siempre con la benevolencia reconocida, por tradición, a los filiales. Pasó la mayor parte de su historia en Tercera u ocupaba habitualmente puestos situados en la mitad de la tabla. Sin embargo, lo que el Madrid emprende desde hace nueve años con la extinción del Plus Ultra (camiseta azul y pantalón blanco) y la creación de Castilla, C. de F. (camiseta y pantalón azul morado) es una enmascarada operación de poder que se descubre, por propia decisión, en la temporada pasada con el ascenso a la Segunda A y el cambio del uniforme azulado por el blanco. El Castilla es, desde entonces, el Real Madrid en Segunda División, imbuido

de la misma vocación dominadora, influyente y decisivo en la marcha general de todos los equipos. El Castilla de este año no sólo ha expulsado de la Copa al Extremadura, al Alcorcón, al Santander, al Hércules, al Athletic de Bilbao y a la Real Sociedad, estos dos últimos cualificados enemigos de su "padre", sino que ha absorbido once puntos fuera de casa en su campaña por la Segunda División española. El Castilla no puede ascender a Primera, donde se encuentra el progenitor, pero ha sido capaz de decidir con sus resultados la posición de los aspirantes al descenso y al ascenso. Un filial, según venía ocurriendo, pasaba por un equipo más, cumpliendo modestamente su función de cantera o de mina soterrada para alimentar de materia prima al primer equipo. La voracidad inculcada al Castilla, sin embargo, puede

EL CASTILLA

transmutarlo en un pseudo Real Madrid, capaz de disputar semifinales o la misma final en la Copa y la insolencia de esta posibilidad no ha de ser pasar inadvertida.

La inocencia y la muerte

El torneo de Copa, que viene jugándose desde 1902, es el más antiguo campeonato nacional y, desde su inauguración, está asociado a Reyes, Jefes de Estado y presidentes de la República. Se instituyó precisamente con motivo de las fiestas celebradas en el reino al ser declarado mayor de edad Alfonso XIII, y comenzó llamándose Copa de la Coronación. Se trata, además, de un torneo cuyo pleno sentido se alcanza al ser interpretado desde el momento culminante de la final, presidida por la máxima dignidad del Estado. Es un campeonato especialmente impostado por el ceremonial de su clausura y, desde ahí, los protagonistas habrán de estar en consonancia con esa escala litúrgica. Parece previsible que el peso de estas circunstancias, sin desmerecer la calidad del Sporting, anulen pronto la opción del Castilla, pero hasta la posibilidad de que un equipo de Segunda pueda presentarse en el escenario majestático la noche del 4 de junio para plantearse el significado equívoco de esa escena. La disputa de esta final por el Castilla no sería nunca una reivindicación del fútbol modesto frente al grande o del equipo advenedizo frente al histórico. El Castilla aparecería de una y otra forma como la obra del Real Madrid, su réplica adaptada a otras misiones, una prolongación de su omnisciencia.

El Castilla no es ni somática ni espiritualmente un equipo de Segunda. La Liga no la disputa contra otros equipos, sino desafortunadamente, avanzando por los subterráneos y escaleras de Concha Espina, hacia la fama que albergan las dependencias institucionales y simbólicas del Real Madrid.

Esa menesterosidad de los equipos de Segunda, las estaturas y edades dispares, los jugadores alopecicos y los de la impotencia contenida, ese sudor de padre de familia que exhiben los liberos o esa abundancia de los cuádriceps en los extremos izquierdos, no existen en el Castilla. El Castilla ha sido diseñado con diez jugadores que igualan o rebasan el metro ochenta-

dos rubios, para poner la ineludible nota madridista y un setenta y cinco por ciento de solteros. No es fácil contar con certidumbre cómo consiguen sus goles estos chicos, pero se siente en sus victorias el dictado de una ciencia exenta de humildad, próxima a lo inescrutable. La mano del entrenador Juanjo, treinta y cuatro años, antiguo jugador de los juveniles madridistas, es una adecuada embocadura de equilibrio humano desde su dicción y su traje azul marino. Los jugadores del Castilla juegan con una sabiduría casi impalpable, adherida a esos cuerpos en construcción que trabaja Jesús (el preparador físico, quiero decir) con una dedicación de relojero. El público del Castilla, vicioso de fútbol hasta las heces, feligrés del sábado refrito y madridista conspicuo siempre siente que esos muchachos correteando por Chamartín son demasiado inocentes, que les pueden hacer daño los rivales de Segunda, que son, de alguna manera, en cada uno de los partidos, víctimas de la brutal diferencia biológica con sus contricantes. Basta consultar las gradas del Santiago Bernabéu para comprobar este talante paternal que le crece al aficionado cuando está contemplando al Castilla. "Tocar" al Castilla es tocar los tuétanos del Madrid; arruinar la integridad del Castilla es descomponer la vasta estrategia auspiciada por el Real —campeón eterno— en el silencio de la última década.

Aunque los finalistas para la Copa no estén todavía decididos, es, sin duda, probable que entre ellos se encuentre el Sporting y no el Castilla, pero de clasificarse el Castilla y el Madrid, un sencillo decreto del Ministerio de Cultura podría autorizar el partido sin que ninguno de los protagonistas hubiera de cambiar su indumentaria. Se asistiría así por primera vez a una auténtica representación de la tantas veces evocada "muerte del fútbol". Todo el terreno de juego ocupado por jugadores blancos, iguales, conmutables y traspasables. Un sólo equipo contendiente y campeón, victorioso y derrotado de antemano entre las marcas blancas, el balón blanco y los banderines blancos. En el llamado terreno de juego, bajo la mirada del árbitro y del Rey, la ceremonia de padre e hijo luchando a ciegas sobre el preexistente cadáver del fútbol. ■ V. V.

Cannes 80

LAS SOMBRAS DEL ESPECTACULO

JUAN FRANCISCO TORRES

(Enviado especial)

EL canto del cisne de una generación, con sus desilusiones, sus angustias, sus fantasmas, sus neurosis, ha caracterizado la primera semana del Festival de Cannes. Como si antes de lanzar su último estertor quisiera afirmar su puesto en la sociedad. Los autores de los mejores films presentados se han lanzado a la búsqueda de una identidad perdida entre los pliegues de la historia para legarnos, al menos, una imagen que justifique sus contradicciones, que explique los motivos de su desencanto y que, a fin de cuentas, contribuya al nacimiento de una nueva esperanza en las generaciones futuras.

Desde la terraza de Cannes hemos asistido a una constante confrontación con la muerte, sobre todo, por parte de los hombres. Las mujeres, en plena lucha por conquistar la libertad, aparecen como supervivientes de una revolución silenciosa que grita sus derechos a la felicidad. Los problemas de los jóvenes han quedado relegados a un "ghetto" inofensivo. El dinero y el poder en manos de los hombres —productores, directores, actores— de cincuenta años convierten el cine en el feudo dominante de la Edad Media.

Los muertos vivos

En un apartamento de Nueva York, el cineasta alemán Wim Wenders filma las últimas horas del director Nicholas Ray ("Johnny Guitar", "Rebelde sin causa", "Cincuenta y cinco días en Pekín", etc.), recientemente operado de cáncer de pulmón y de cerebro. Ray ha conocido a Wenders durante el rodaje de "El amigo americano", en la que interpretaba a un pintor, dado por muerto, que falsificaba sus propios cuadros. Ray, con una lucidez ejemplar, se presta voluntariamente a que se filme el último acto de su vida. Las cámaras de Wenders apuntan sobre el rostro de este viejo, roído por la enfermedad y la tensión física y mental, pero al que todavía le

quedan ánimos para bromear, para soñar y para crear la puesta en escena de su propia agonía. Con los ojos secos, seguimos paso a paso el aniquilamiento de un hombre. Escuchamos su voz, contándonos sus ilusiones perdidas, sus proyectos frustrados, sus rebeldías sin causa, su vulnerabilidad humana. Con la voz cada vez más ronca, nos confiesa que su deseo primordial estriba en encontrar su identidad antes de morir, rehabilitar su imagen ante el mundo.

El cine, dice Ray, es el único arte capaz de materializar los deseos inconscientes. Y esta película, que él mismo titulaba "Rayos sobre las aguas" ("Lighting over water"), tiene que hacer el milagro de hacerle



"The long riders", de Walter Hill: por primera vez en veinte años el Festival presenta una película del Oeste.